

dirigido por Palmerston, á fin de proceder enérgicamente en union con la Francia en la cuestion turca, olvidó la desercion del gobierno francés en la cuestion de la cuádruple alianza con España y Portugal, pero ya era tarde, porque Luis Felipe habia tomado ya su partido enviando, por medio de su ministro Soult, un edecan de éste al campamento de Ibrahim y otro á Alejandría para pedir al virey y á su yerno la suspension de las hostilidades, encargándose el gobierno francés de la representacion de los intereses y pretensiones del virey en Constantinopla. El virey accedió y envió orden á Ibrahim de no proseguir la victoria, si la alcanzaba, y no pasar las fronteras de la Servia. La idea que guiaba en todo esto á Luis Felipe no era la de Palmerston, que solo procuraba conservar la paz general, sino la de contrariar los proyectos del czar Nicolás para vengarse de sus insolencias; y como este último no desperdiciaba tampoco ocasion alguna para dañar y aislar al rey constitucional de los franceses, corria peligro la cuestion turca de servir de arena á un pugilato diplomático entre los dos soberanos. Con indecible fruicion observó el czar las torpezas de su adversario, que con su participacion en la nota colectiva del 27 de julio se habia atado las manos, sin poder cumplir su promesa hecha al virey, quedando por el contrario comprometido á cooperar á las medidas coercitivas que contra Mehemet Alí tomaran las potencias. No menos satisfaccion le causó el disgusto y resentimiento de lord Palmerston por la informalidad del gobierno francés, á consecuencia de la continua ingerencia del rey, que oficialmente obraba de acuerdo con la Inglaterra, segun estaba convenido, y secretamente seguia su política personal. A fin de aislar mas á su adversario, el emperador Nicolás envió al baron de Brunno á Londres para proponer al gobierno inglés una accion comun en la cuestion turca, si fuese necesaria en union con la Francia, pero mejor sin ella, de tal suerte que la Rusia se encargara de proteger á la Turquía hasta la entrada del Bósforo y en el Asia Menor, mientras las otras potencias la protegiesen en el Mediterráneo y en la Siria. El czar se obligaba, al propio tiempo, á retirar sus fuerzas sin demora tan luego como se hubiese conseguido el objeto propuesto. El gabinete inglés aceptó la proposicion, que era una renuncia tácita de parte del emperador al convenio de Hunkiar-Skelessi, mientras abria, con la humillacion del virey rebelde, á la Inglaterra el proyectado camino fluvial á la India por el Éufrates y el Orontes. Por lo demás, sabia que la Rusia entonces no se hallaba preparada para una de sus invasiones en Turquía; pero á fin de evitar disensiones, pidió la cooperacion de la Francia y sugirió algunas otras modificaciones al proyecto. En su consecuencia hizo declarar por su embajador en Paris al gobierno francés que Inglaterra estaba resuelta á proceder en combinacion con la Rusia, Prusia y Austria, tanto si la Francia se agregaba como si se excusaba, en cuyo último caso tendria el gobierno inglés un verdadero sentimiento.

La opinion pública en Francia no permitió al gobierno, como se habia previsto, aceptar la proposicion rusa modificada por el gabinete inglés, aunque los gobernantes hubiesen querido, porque habria sido una deshonra para la nacion francesa abandonar tan vilmente á su protegido el virey. Contestó, pues, pidiendo para este el dominio hereditario sobre la Siria hasta Adana y el dominio vitalicio de la isla de Creta, que pasaria á la muerte de Mehemet Alí á su hijo segundo.

En este estado de cosas juzgó el gobierno turco prudente hacer algo para mostrarse digno de las simpatías y de la proteccion de Europa. Reschid-Bajá, ministro de Negocios extranjeros desde enero de 1838, despues de haber estudiado la civilizacion moderna en Paris, donde estuvo de emba-

jador, obtuvo del sultan el célebre decreto de 3 de noviembre de 1839, por el cual se concedió á la poblacion rural cristiana del imperio la igualdad de derechos ante la ley con los súbditos mahometanos, la seguridad de vidas y haciendas, la supresion de todo privilegio, del censo, de las confiscaciones y otros progresos. En Inglaterra produjo excelente efecto este acto, que el embajador ruso Buteneff calificó despreciativa pero correctamente de golpe de teatro.

Volviendo á la cuestion política que entonces se discutia entre las grandes potencias y que amenazaba dejar aislada á la Francia del concierto general, conviene tratar ahora de esta potencia. Su gobierno empezó á reflexionar seriamente sobre el atolladero en que se habia ido metiendo á causa de la ingerencia del rey en los negocios del Estado; los ministros se espantaron y pidieron la destitucion del embajador en Lóndres, general Sebastiani, por su excesiva complacencia con Luis Felipe, y su reemplazo por Guizot; pero apenas Guizot habia llegado á Inglaterra, cayó el ministerio Soult y Thiers fué encargado de formar otro nuevo, al cual cupo la mision de sacar la política francesa del atolladero en que la habian dejado el rey y el ministerio saliente. La mision del nuevo gabinete, que juró en 1.º de marzo de 1840, se hizo mas difícil por el odio y recelo que Thiers, el autor de la *Historia del Consulado*, que cabalmente entonces estaba publicando, el panegirista de la revolucion y de Napoleon, el defensor impertérrito de las ideas liberales y de la constitucion, inspiraba á los soberanos absolutistas. Estaba colocado el nuevo presidente y ministro de Negocios extranjeros en la alternativa de entrar en el concierto de las demás potencias sin vacilacion y ambiciones, ó proclamarse francamente protector de Mehemet Alí y hacer en union con él la competencia al poder inglés en el Mediterráneo, como dijo Remusat en la cámara de diputados. La opinion pública, excitada ya por la prensa, y la oposicion en la cámara, que como jefe suyo le habia llevado al ministerio, le cerraban el primer camino. El segundo conducia á la guerra, á la cual sabia que el rey se opondria decididamente. A fin de salir del terrible dilema ideó intentar entre el sultan y Mehemet Alí una avenencia, sin dar conocimiento á las demás potencias, acuerdo que en caso de realizarse aseguraba á la Francia el protectorado único sobre ambos soberanos. Por lo pronto consiguió atraerse la gratitud de Inglaterra con su mediacion en la cuestion suscitada entre este país y el reino de Nápoles con motivo de la exportacion de azufre, que habia conducido ya al apresamiento de algunos buques napolitanos por la marina inglesa. Palmerston, sin embargo, no se hacia ilusiones respecto de la Francia y de su rey, de los cuales dijo el 16 de abril de 1840: «Tiempo hace que se sabe positivamente que el gobierno francés nos ha estado engañando en los asuntos de Buenos-Aires, como nos ha engañado en casi todas las ocasiones en que hemos tenido que tratar con él, en España, Portugal, Grecia, Túnez, Turquía, Egipto y Persia, etc. En todos estos casos ha desmentido con su conducta sus palabras. La verdad es, por amargo que sea decirlo, que Luis Felipe es un hombre en el cual no puede tenerse confianza sólida; pero ahí está y le llamamos aliado nuestro (1).» En Constantinopla empezó á trabajar la diplomacia francesa en su empresa atrevida bajo auspicios favorables, porque con la caída de Khosrev y su reemplazo por Reschid, su discípulo, en 17 de mayo, quedaba dado ya un gran paso hácia una conciliacion entre el sultan y Mehemet Alí, mientras por otra parte se insurreccionó contra este y su gobierno toda la poblacion desesperada del Líbano en Siria.

(1) Bulwer, *Biografía de lord Palmerston* (sin concluir), tomo II, pág. 272.

Thiers se lisonjeaba ya con la esperanza del éxito seguro, y menos que nunca pensaba en tomar parte en la intervencion comun con las demás potencias. Guizot no cesaba de avisarle diciéndole que iba á aislar completamente á su país, porque si sus trabajos llegaban á descubrirse estaba todo perdido; y como era imposible conservar el secreto de semejante negociacion, habia de quedar la Francia en una posicion muy falsa y ridícula, tanto mas cuanto que Palmerston no era hombre fácil de engañar. Efectivamente, Palmerston supo lo que se tramaba y paró resuelto el golpe diciendo que el dueño de la India no podia permitir que la Francia dominara, ni directa ni indirectamente, el camino que conducia al vasto imperio británico en Asia, ni tampoco que se desmembrara la Turquía en dos mitades, una dominada por el sultan y la otra por el virey de Egipto, de la Siria y de la Arabia, porque este imperio nuevo dependeria de la Francia y el otro de la Rusia, y en uno y otro quedaria anulada la influencia de Inglaterra y sacrificado el comercio inglés. Determinó, pues, á sus colegas de gabinete, venciendo sus escrúpulos con la amenaza de dar su dimision, á proceder enérgicamente; las otras potencias no se hicieron tampoco de rogar, tratándose de jugar una mala partida á la odiada Francia revolucionaria que volvia á las andadas de la política napoleónica, y el nuevo rey de Prusia Federico Guillermo IV, mogigato como su predecesor, veia ya renovada la Santa Alianza y hasta, lo que nadie veia, la victoria de la cruz sobre la media luna. El 15 de julio firmaron los representantes de las cuatro potencias, en presencia de un comisario turco, en Lóndres, un convenio para intimar colectivamente á Mehemet Alí la sumision á la Puerta en el plazo de diez dias, en cuyo caso esta le dejaria el cargo de virey hereditario del Egipto y gobernador vitalicio de Palestina y San Juan de Acre, debiendo, sin embargo, restituir al sultan todas las demás provincias y territorios, incluso la Arabia y la isla de Candía. Si no se conformaba, se le concedia otro plazo de diez dias, y si se sometia entonces, el sultan le dejaria solamente el vireinato de Egipto; pero si dejaba pasar este segundo plazo sin someterse, quedaria libre el sultan de todo compromiso, en cuyo caso le aseguraban las cuatro potencias firmantes su auxilio. Dos dias despues firmaron las mismas potencias un protocolo adicional en el cual renunciaban juntas y cada una á toda ventaja particular que pudiera caberles en suerte en este asunto. En otro protocolo convinieron en tener secreto el convenio hasta nueva determinacion para no ofender á la Francia, de la cual esperaban, segun expresaba el mismo protocolo, que abandonaria su política particular y se agregaria á ellas, aprovechando su influencia sobre Mehemet Alí para inclinarle á ceder.

Cuando en Francia se supo este convenio, fué grande la indignacion; Luis Felipe no pudo dominar su ira y dijo: «Así me pagan la paz europea y la seguridad de sus tronos, que me deben á mí, porque diez años hace que contengo la revolucion á expensas de mi popularidad, de mi reposo y arriesgando mi vida!» Thiers tambien declaró que era un ultraje hecho á la Francia arreglar sin ella y á pesar de ella una de las cuestiones capitales europeas. «Ante todo, dijo, se trataba en primera línea del honor de la Francia, que reclamaba una satisfaccion, despues venia el interés de Mehemet Alí.»

No estando reunidas las cámaras tomó el gobierno sobre sí la responsabilidad y ordenó armamentos en grande escala destinando á la fortificacion de la capital cien millones de francos, seguro de la aprobacion unánime de todo el país; y en efecto, el orgullo nacional herido se irguió hasta el paroxismo; toda la Francia clamó venganza contra la pérdida Albion, pidió la frontera del Rhin, y nadie dudaba de que la

Italia y los alemanes del Rhin y del Mediodía recibirían á los franceses como á sus libertadores, con los brazos abiertos, pero esta vez se engañaron los franceses, pues aunque los alemanes estaban gobernados despóticamente y divididos entre muchos soberanos, respondió del otro lado del Rhin un grito patriótico tambien, que unido á la actitud de Inglaterra, al aislamiento completo de la Francia, al atraso de los armamentos de esta, empezó á aterrorizar á Thiers, de suerte que juzgó prudente indicar á Mehemet Alí que se entendiera con el sultan á cualquier precio. El viejo y astuto Mehemet no se dejó imponer, y contestó á la intimacion de los representantes de las potencias que lo que habia ganado con el sable no lo cederia sino al sable. Contaba con la debilidad de la Puerta, con los celos entre Rusia é Inglaterra, con la palabra de la Francia, que no podia abandonarle sin mancillar su honor nacional, y con el entusiasmo con que la prensa francesa defendia su causa. Dejó, pues, trascurrir los plazos, y lo único que pudo darle á entender Walewski, el representante francés, y esto con mucho trabajo, fué que se contentara con el vireinato hereditario del Egipto y el gobierno vitalicio de la Siria, y para lo demás se remitiera á la generosidad de su soberano el sultan, con el cual se entenderia directamente bajo los auspicios de la Francia.

Thiers comunicó estas condiciones al embajador inglés Bulwer, con la proposicion de restablecer la buena inteligencia anterior entre las dos potencias si la Inglaterra las aceptaba y prohibaba, añadiendo que, en caso contrario, podia contar con una guerra general, porque ningun gobierno francés miraria inactivo la ruina del virey. Al hablar así contaba Thiers con que Mehemet Alí podria sostenerse hasta la primavera, en cuya época la Francia habria concluido sus armamentos. Mas este lenguaje amenazador no hizo ninguna impresion en el jefe del gabinete inglés, el cual sabia perfectamente que Francia no estaba en estado de hacer frente por tierra á las potencias continentales, Prusia, Austria y Rusia, ni podia medirse por mar con Inglaterra, y que Luis Felipe, en vista de su posicion poco arraigada en el país, se guardaria muy bien de arriesgar su trono vacilante en una guerra europea y contra tantos y tan poderosos enemigos. Dícese, en efecto (1), que exclamó, hablando de la actitud belicosa del gobierno francés: «¿Luis Felipe hacer guerra? ¡V. se chancea! ¿Sabe V. que si yo quisiese le haria pasar por el ojo de una aguja?» Thiers tambien dijo posteriormente: «Luis Felipe era personalmente un héroe, pero en política un cobarde (2).»

No era tan grande la diferencia entre lo que pedia Thiers para el protegido de la Francia y lo que estaba dispuesto Palmerston á conceder, para que diera lugar á una guerra europea, y Guizot tambien dijo al ministro inglés que una concesion, aunque fuese insignificante, aseguraria la paz; pero Palmerston hizo lo que habia hecho en la cuestion belga: no quiso conceder absolutamente nada mas allá de lo convenido por las cuatro potencias, y al notificarlo así al gobierno francés añadió que si la Francia arrojaba el guante á la Inglaterra, esta no titubearia un instante en recogerlo.

El plan de las cuatro potencias era que Rusia defendiese la capital de Turquía en caso necesario, que Prusia se encargase de la defensa del Rhin, apoyada á sus espaldas por un ejército de reserva ruso, é Inglaterra, Austria y Turquía atacasen directamente y de consuno al virey rebelde. Todos los esfuerzos de Walewski, embajador francés en Constantinopla, fueron inútiles para detener el golpe, y el embajador inglés Ponsonby dijo, en una conferencia que los represen-

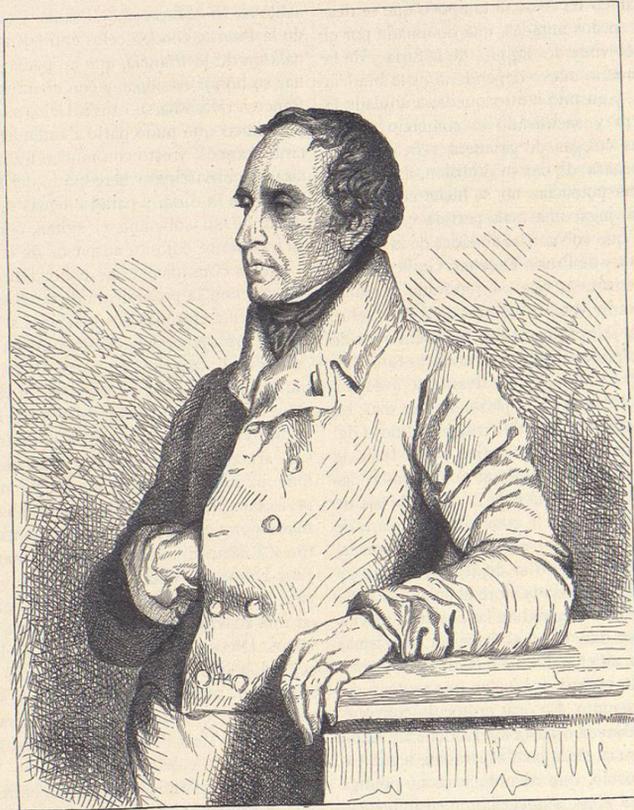
(1) Odilon Barrot en sus *Memoires*, tomo I, pág. 353.

(2) Véase Senior, *Biographical Sketches*, tomo I, pág. 132.—Lóndres, 1863.

tantes tuvieron con el gran visir Reschid: «¡Lo que merece Mehemet Ali es esto!» y diciéndolo apagó una bujía de un soplo. El 11 de setiembre abriéronse las hostilidades con el bombardeo de Beirut por el almirante inglés Stopford y la escuadra austriaca á las órdenes de Bandiera, bombardeo que dejó la ciudad arruinada en cuatro dias, si bien el comandante egipcio Soliman no la evacuó hasta el 9 de octubre. El 14, un edicto del sultan declaró destituido al virey rebelde; el 26 tomaron los aliados á Saida, y el 4 de noviembre el comodoro inglés Carlos Napier ocupó á San Juan de Acre despues de un bombardeo formidable. Al propio tiempo

levantáronse los maronitas (establecidos en las laderas del Líbano principalmente), amenazando á las fuerzas egipcias por el flanco. En esta situacion no quedó á Ibrahim mas recurso que abandonar á toda prisa la Siria y retirarse al Egipto, y Mehemet Ali tuvo que renunciar á su soñado imperio sirio-arábigo-egipcio.

Este final vergonzoso aumentó la agitacion en Francia hasta el último grado: la renta iba bajando; Thiers mismo atizó disimuladamente el ardor bélico de los franceses para aterrorizar al extranjero, y al propio tiempo continuó con actividad febril los armamentos. Dejó entrever que para



Guizot.—Copia de un retrato pintado por Pablo Delaroche

ahorrar á la Alemania los horrores de la guerra atacaría al Austria por el lado de Italia, y en la corte de Cerdeña probó todos los recursos, las promesas y las amenazas para hacerla propicia. Todo esto no produjo ningun efecto en el ánimo de Palmerston, que dispuesto siempre á hacer al gobierno francés puente de plata, no retrocedió una línea de sus propósitos y procuró convencerle de que había errado el camino. Escribió á Bulwer, embajador de Inglaterra en París: «Uno de los errores de Thiers parece ser la creencia de que podrá atacar al Austria sin entrar en colision con las otras potencias. Desengáñele V. y hágale comprender que Inglaterra no tiene la costumbre de abandonar á sus aliados y que yo no tengo la menor duda de que si la Francia ataca al Austria por este convenio, la Prusia y la Rusia caerán sobre ella;» y despues de la toma de San Juan de Acre escribió al mismo embajador: «Vea V. si puede convencer al rey y á Thiers de que han perdido la partida y de que

sería tonto alborotar por eso el cotozar.» Para bien de todos, no cesó de hacer esfuerzos generosos para evitar que el gobierno francés se precipitara y lanzara á empresas locas como la ocupacion de Ancona ó protestase contra la intervencion de las potencias y la suerte que cupiera á Mehemet Ali, pues que semejante conducta haría imposible toda reconciliacion. A estos esfuerzos se debió que el gabinete francés empezase á recobrar su calma y buen criterio. Comprendió que había procedido con demasiada ligereza y que el Egipto no podía compensar á la Francia los daños que recibiría si se hiciese su campeon, ni servirla de apoyo sólido en una guerra europea.

Era, sin embargo, doloroso retroceder, y por lo pronto esta necesidad originó una crisis ministerial; pero por mucho que el rey deseara desembarazarse del ministerio y deshacer la coalicion en la cámara, no dejó de conocer que el momento no era á propósito para tales evoluciones, y fué preciso en-

contrar una salida honrosa para justificar á los ojos del país la continuacion del ministerio en su puesto á pesar de su cuarto de conversion, y como para todo hay remedio, conviéndose en retirar la escuadra del teatro de la guerra con el pretexto de no provocar una colision y declarando solemnemente caso de guerra todo ataque al Egipto, pura farsa porque nadie pensaba en tal cosa. Para mayor satisfaccion de los franceses el gobierno reunió una formidable escuadra en el puerto de Tolon, continuó activamente los armamentos y convocó las cámaras para el 28 de octubre, acortando así el plazo fijado anteriormente.

Además proyectó una empresa verdaderamente filibustera con la cual contaba contentar á los franceses completamente. Algo sospechó lord Palmerston, y creyó que la escuadra que el gobierno francés reunía en Tolon estaba destinada á bloquear á la rusa en el Báltico para impedir que penetrara en el Mediterráneo, pero se equivocó, porque el plan era apoderarse por sorpresa de las Baleares, ya para tener este punto de apoyo para el caso de una guerra, ya para sacar de lo perdido algo, aunque lo pagase España, con la cual la Francia nada tenía que ver, fuera del intento de crear dificultades al nuevo gobierno liberal que con Espartero había llegado al poder, y disminuir así la preponderancia de la influencia inglesa en Madrid.

La reina madre María Cristina se había separado de los liberales, acaudillados por Espartero, retirándose á Valencia, donde, viendo su causa perdida, abdicó en 10 de octubre de 1840 y se embarcó para Francia. Luis Felipe la recibió en París con grandes honores y agasajo, y las cortes españolas nombraron á Espartero regente del reino.

El golpe contra las Baleares no se dió porque el ministerio Thiers dimitió el 20 de octubre, á consecuencia de haberse negado el rey á aceptar el discurso del trono redactado por sus consejeros, por ser demasiado belicoso. Esta vez tenía ya á mano un nuevo ministerio, en el cual bajo la presidencia de Soult se encargó de la cartera del Exterior Guizot, cuyas tendencias pacíficas constaban á Luis Felipe. El 29 de octubre juró el nuevo gabinete y el 5 de noviembre abrió el rey las cámaras con un discurso pacífico. La contestacion de los diputados, despues de calurosos debates, que en el fondo fueron una batalla oratoria entre Thiers y Guizot, y despues de la gritería obligada de la prensa, correspondió al espíritu del discurso de la corona.

Equivocado anduvo, sin embargo, el rey de los franceses cuando se lisongeó de que el cambio de ministerio induciría al gabinete inglés á hacerle alguna concesion en la cuestion de Oriente para ayudarle á tajar la boca al partido de la guerra en Francia, porque Palmerston contestó vivamente: «¡No faltaria mas que las potencias europeas hubiesen de sacrificar sus intereses mas importantes ante el deseo de calmar á la chusma revolucionaria de Paris y de tajar la boca á los periódicos republicanos! No hay error mas craso que pensar se puede atraer por medio de concesiones á los que quieren intimidarnos. Todos los franceses anhelan engrandecer su territorio á expensas de otras naciones, y todos comprenden que la alianza con Inglaterra es un obstáculo para semejante concupiscencia. Yo no les cuento por crimen el no querernos; su vanidad los empuja á querer ser la primera nacion del mundo, y á cada paso observan que estamos á la altura de ellos. Es una desgracia para la Europa que tenga semejante indole una nacion tan grande, tan poderosa; pero esto no impide que las demás naciones se conenzan del hecho.» Metternich se mostró mas accesible á las razones de Luis Felipe y las apoyó diciendo que si se quería que continuase sirviendo de dique contra la revolucion no se le debía quitar fuerza.

RESTAURACION Y REVOLUCION

Un suceso inesperado desenmarañó súbitamente la cuestion de Oriente, simplificó su solucion y facilitó la vuelta de la Francia al concierto europeo. Hallándose anclada en el puerto de Alejandría la escuadra inglesa, mandada por Napier, este indujo con pocas razones al virey, que ya estaba muy descorazonado, á firmar con él en 27 de noviembre un convenio en el cual se obligó á evacuar la Siria y restituir la escuadra turca, en cambio de la posesion hereditaria del Egipto. La noticia fué una sorpresa para las potencias y para la Turquía, porque ninguna autorizacion tenia Napier para celebrar tratados, pero las potencias aceptaron esta solucion y la Puerta no tuvo mas remedio que ahogar la indignacion que le había causado semejante arbitrariedad y conformarse. En 13 de febrero de 1841 recibió Mehemet Ali el gobierno hereditario de Egipto, con la obligacion de pagar un tributo anual de 30 millones de piastras, de realizar una disminucion del ejército, de conceder á todos los súbditos la igualdad ante la ley y los derechos políticos, y de no exigir otros impuestos fuera de los que regian en las demás provincias del imperio turco, cuyo soberano se reservaba tambien el nombrar los altos jefes de la fuerza armada.

Todo fué aceptado, y firmada la paz, declararon las potencias caducado el convenio del 15 de julio y firmaron, en 13 de julio de 1841, otro nuevo en Lóndres, en el cual entró la Francia, y en virtud del cual se prohibió el paso de los dos estrechos, el de los Dardanelos y el del Bósforo, á los buques de guerra de todas las naciones. Este convenio aseguró á los cristianos de la Siria el libre ejercicio de su religion, declaró libre la navegacion del Mar Rojo y del Golfo Pérsico y reconoció y garantizó la independencia é integridad del imperio turco, con lo cual quedó admitida esta potencia por primera vez en el derecho internacional europeo.

La tempestad política que había amenazado conmover la Europa con el estruendo de las armas, quedó deshecha; el czar, si bien no supo ocultar su mal humor por no haber podido castigar á su gusto á la Francia liberal, habíase asegurado el dominio exclusivo en el Mar Negro y había conseguido, además, con la conservacion del poder del virey de Egipto, un elemento permanente de debilidad para la Turquía. Lord Palmerston, y con él la Inglaterra, se felicitaron de haber suplantado el protectorado de la Rusia sobre la Turquía con el de las cinco potencias, y haber asegurado la comunicacion directa con la India. En Alemania no se borró esta vez el efecto de las amenazas insolentes de la Francia, y el pueblo francés no olvidó ni perdonó la humillacion sufrida. Su instinto le decía que debía la derrota que había experimentado á la política personal de su rey.

#### CAPITULO IV

##### LA IGLESIA

Al espirar el siglo pasado había recibido un golpe mortal el antiguo espíritu religioso dogmático eclesiástico, engendrado en un período anterior de desarrollo de la humanidad, y habíase asomado, pidiendo puesto, una concepcion filosófica de la divinidad con una moral mas elevada, y adecuadas ambas á la razon humana mas desarrollada. Los mas avanzados se contentaron con poder arrojar el disfraz de la vida devota antigua y mostrar su incredulidad religiosa en toda su desnudez, pero tambien hubo muchos, y entre ellos figuraron los genios mas nobles y mas ilustres de aquella época, que no contentos con haber llegado á este punto, en que no merecian ya ocupar la atencion de las personas ilustradas las diferencias y contiendas entre las diversas religiones, sectas y cultos, deseaban propagar el culto de los senti-